



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Latinoamérica en la globalización

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (2001). Latinoamérica en la globalización. *Cuadernos Americanos*, 2(86), 23-41.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XV, Núm. 86, (marzo-abril de 2001).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## Latinoamérica en la globalización

Por Leopoldo ZEA

PUDEL, Universidad Nacional Autónoma de México

### *1. Identidad e integración: competir compartiendo*

**G**ERMÁN ARCINIEGAS, el gran maestro y pensador latinoamericano de Colombia, en vísperas de cumplir cien años y luchando contra su cuerpo que se negaba a servirle, pero aún así extraordinariamente lúcido, escribió: "El Nuevo Mundo es el de la nueva historia. En ningún caso perfecto. En ningún caso libre. Se ciernen sobre él amenazas que no tuvieron las naciones europeas. Todo aquí es diferente. Debemos defendernos con armas distintas [...] Todo en el Nuevo Mundo obliga a defensas originales y cuidados propios, a un conocimiento más profundo de la historia de Europa y de la historia de las Américas [...] La desigualdad en el desarrollo económico de las distintas partes del hemisferio requiere un cuidado más exquisito de los intereses económicos y de las defensas morales y materiales para resistir las complicaciones de la vida internacional".

Germán Arciniegas se refiere a ese Nuevo Mundo que entró a la historia el 12 de octubre de 1492 y dio origen a la globalización que en 1989 llegó a su fin, poniendo en marcha otra nueva e inédita globalización. El tropiezo de Colón, buscando Asia, en un desconocido y, por ello, nuevo mundo, hizo de la historia regional de la Tierra una historia universal, integradora de pueblos y culturas bajo la hegemonía imperial de Europa. En una doble forma, la mediterránea, de la que era expresión España, y la báltica y noratlántica, de la que será expresión la Gran Bretaña. Una Europa grecolatina incluyente, católica, que integró los pueblos y culturas que baña el Mediterráneo, y una Europa germana y sajona, excluyente, como lo expresa su puritanismo. Dos expresiones de Europa que dirimieron sus diferencias para imponer su dominio con guerras de religión que alcanzaron al Nuevo Mundo encontrado por Colón.

Dos grandes guerras mundiales y dos grandes revoluciones: la social, que es la Revolución Rusa de 1917, y la descolonizadora, que se inicia en México en 1910, al decir de Toynbee. Todo lo cual culmina, al terminar la segunda Guerra Mundial, con la Gue-

rra Fría suscitada entre capitalismo y socialismo, entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La salida de esta guerra por la segunda potencia en 1989 originó la caída de los muros y murallas que separaban a los pueblos bajo sus respectivas hegemonías.

Se anuncia una nueva globalización, una nueva forma de integración universal que se hace expresa en los festejos del bicentenario de la Revolución Francesa al recordarse a Victor Hugo cuando decía: “En el siglo xx habrá una nación extraordinaria, no se llamará Francia, se llamará Europa, y al siglo siguiente se llamará Humanidad”.

Profecía que entorpece la desarticulación de la Unión Soviética, que busca integrar el modo de vida capitalista con el espíritu solidario del socialismo. Desde fuera y desde dentro se estimula un capitalismo competitivo que culmina en mafias. Estados Unidos se declara vencedor absoluto de la Guerra Fría y con derecho moral y material para conducir y proteger de nuevas amenazas, provenientes de los envidiosos pueblos del Tercer Mundo, como Iraq, que origina la Guerra del Golfo.

La Europa occidental, bajo la hegemonía de Estados Unidos, rechaza esta nueva protección y busca una integración que se perfila autárquica e independiente de la Europa del Este y de colonias que el desarrollo de su ciencia y tecnología hace prescindibles, en cuanto a las materias primas que puede reciclar y la mano de obra que es suplantada por el robotismo. Se pone en marcha la economía de mercado de productos domésticos al alcance de los individuos que puedan pagarlos. Fuera de esta economía queda la antigua Unión Soviética, los pueblos del Tercer Mundo y Estados Unidos, cargando este último con el alto costo de su anacrónico armamento.

La emergencia asiática en este mercado —mejorando, abaratando y popularizando los productos— hace que la Europa comunitaria abandone el proyecto autárquico para incorporarse a una economía que está generando mercados con millones de consumidores. Es la otra cara de una economía que, para crecer, necesita de consumidores. A esto se agregó el todavía reciente anuncio del presidente de Estados Unidos, William Clinton, de la pujante incorporación de su nación a la economía de mercado a partir de la integración de los estadounidenses marginados por su raza, sexo, edad, hábitos y costumbres.

La frase de Victor Hugo, recordada en el Bicentenario de la Revolución Francesa, expresa una vieja utopía latinoamericana, que en vísperas del nuevo siglo y milenio se transforma en profe-

cía. La Nación de naciones de Simón Bolívar que ha de abarcar al Universo entero, la Raza de razas, la Raza Cósmica del bolivariano José Vasconcelos, son anticipaciones de una integración universal, a partir de una identidad igualmente universal. Formas de identidad e integración contrarias a las de naciones sobre todas las naciones y razas sobre todas las razas, con que se expresó la historia de milenios anteriores.

La Europa, que hizo de su identidad modelo inalcanzable de lo humano por excelencia, se plantea ahora problemas de identidad que parecían serle ajenos, surgidos de la propia globalización que originó. En su expansión difundió, como exclusivos de su identidad, valores que ella podía reconocer o negar en otros hombres y pueblos. Valores que esta gente y pueblos reclaman como propios y exige que se reconozcan. Se origina así una nueva forma de globalización e integración en la que toda la gente y sus pueblos se quieren ver comprendidos, y que no sea ya la de dependencia servil en beneficio de otros.

Fue en la región de América que se autodenomina Latina donde se proyectó y universalizó el espíritu de Grecia y Roma en la antigüedad y de España en la modernidad, las cuales integraron los diversos pueblos y culturas que bañaba el Mar Mediterráneo: Europa al norte, África al sur y Asia al este. Fue en esta región del Nuevo Mundo donde el Viejo Mundo se encontró y se integró, originando grandes problemas de identidad.

¿Qué somos? ¿Indios o españoles? ¿Americanos o europeos? ¿Americanos o africanos? ¿Americanos o asiáticos? ¿Somos todo eso! Una raza mestiza, más rica que cualquier otra raza que haya existido en la tierra. Precisamente, el ser todo esto es lo que nos ha planteado problemas en el pasado y nos los plantea para el futuro. "Nacidos todos del seno de una misma madre —dice Bolívar—, nuestros padres, diferentes de origen y sangre, son extranjeros y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia".

Reto que lleva consigo España. El reto que plantea una identidad diversa y por diversa imposible de definir. Reto que se hace patente en España en 1898, cuando pierde sus últimas colonias en ultramar, dejando de ser Imperio. Surge un interrogante que ya se inicia en el siglo XVIII: ¿qué somos?, ¿godos o moros?, ¿mediterráneos o germanos?, ¿africanos o europeos? Somos todo eso, contesta José Gaos desde su transtierro en México. Una peculiar raza mestiza, hispano-americana al uno y al otro lado del Atlántico.

“Nosotros somos —dice Bolívar— un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte cercado por dilatados mares, nuevo en todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil”. Un nuevo y pequeño mundo incluyente que empezará a crecer a partir de su propia y peculiar identidad regional. “Es una idea grandiosa —agrega— pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo”. Integración que ha de iniciarse en Panamá, situado en el centro de la Tierra, integrada por el Atlántico con los pueblos de Europa y África, y por el Pacífico con los pueblos de Asia, Oceanía y África oriental. “En la marcha de los siglos —profetiza— podrá encontrarse, quizá, una sola nación cubriendo el universo entero, la federal”.

Esto que parece utopía es ahora profecía, a ser realizada en un futuro inmediato. El presidente de Estados Unidos William Clinton, al iniciar su gobierno, hace un llamado a las armas, no para imponer su hegemonía a pueblos fuera de sus fronteras, sino para ampliar el “sueño americano” a todos los estadounidenses que han sido marginados de él por su origen racial, sexo, cultura, religión o situación social. Al término de su primera presidencia habla de hacer de Estados Unidos la primera gran nación multirracial y multicultural de la tierra; con ello el sueño integracionista latinoamericano se va transformando en una realidad que pone fin a la división en dos Américas, transformadas en una sola América, por su composición multirracial y multicultural.

Este mundo da origen a una nueva concepción de la igualdad. Por su concreción, individualidad y personalidad, los seres humanos son iguales por ser distintos, pero no tan distintos que unos puedan considerarse más humanos que otros. Ligados entre sí por su capacidad para reconocer en el otro a un semejante, por esa su ineludible diversidad. Y a partir de un reconocimiento que ha de ser universal, integrarán esfuerzos para el logro de metas comunes, sin que ello implique renunciar a la propia y concreta identidad.

Esta integración encuentra fuertes resistencias en quienes tratan de mantener una identidad que se niega a compartir los valores y derechos que considera de su exclusividad. Estas resistencias originan interpretaciones perversas que buscan justificar su exclusivismo. Todos iguales por ser distintos, pero cada uno en su lugar. Naciones multirraciales y multiculturales pero sin que se mezclen entre sí. Los negros en sus selvas y llanuras, los indios en sus chozas y comunidades y los blancos o criollos en sus factorías,

fábricas, centros de producción. Los blancos respetarían leyes, hábitos y costumbres de los indígenas de diversos colores; pero, a su vez, éstos respetarían las reglas de trabajo, por inhumanas que fuesen. A esto se le llamó en África del Sur *apartheid*.

Se habla de la globalización como si fuera una moda o enfermedad de la que hay que preservar a los inocentes pueblos del Tercer Mundo, como los de nuestra América, cuyo mestizaje se pretende desarticular, anular, imponiendo leyes en supuesta defensa de los llamados indígenas. Se moviliza a la comunidad internacional para que exija el respeto a la supuesta identidad de esta gente y su supuesto derecho a mantenerse en un pasado que no es propio. Con sus hábitos, costumbres y lenguas anacrónicas que impiden la comunicación con otros indígenas y con el exterior, que sirven para deleite de los turistas y para que los ecologistas exijan la preservación de esta gente, como se preservan ciertas especies animales antes de que se extingan.

Concepciones cerradas y anacrónicas de identidad, que lo mismo se aplican a hombres que a pueblos. Éste ha sido el caso de México al integrar su economía en el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá. Desde el Cono Sur de nuestra América, en donde se ha formado el Mercosur, se conmina a la intelectualidad mexicana para que explique este descastamiento que implica separarse de la América de la que es parte. “Cuando dos ámbitos culturales heterogéneos se compenetran —se dice— uno hegemoniza inevitablemente al otro”. Se parte de lo expresado por el estadounidense Samuel Huntington que, al ser interrogado sobre lo que pasará a la cultura de su país con esta heterogénea integración, responde: “Para Estados Unidos no hay problema, será México el que se transforme culturalmente en apéndice norteamericano”.

La respuesta a esta conminación fue simple. Se recordó la visita que a esa región hizo el presidente de Estados Unidos, George Bush, ofreciendo el mismo Tratado, encaminado a crear los mercados que su país necesitaba para transformar su industria de guerra y poder competir en la economía de mercado que no entraba ni en Europa ni en Asia. Nadie dijo que no, ni consideró que, al aceptar, su identidad cultural podría estar en peligro.

Al ser derrotado Bush en su intento de reelección por el candidato demócrata William Clinton, éste hizo suyo el Tratado porque consideró que beneficiaba a su país. Aunque la Cámara de Repre-

sentantes se opuso, aduciendo la desigualdad de economías que se trataba de integrar. Con un gran esfuerzo se aprobó el Tratado ya puesto en marcha con México. Pero nada se quiso saber de incorporar al mismo a otros países de América Latina. Los países que formaron el Mercosur buscaron a su vez su incorporación económica en la Comunidad Europea.

Partiendo de la supuesta imposibilidad de integrar ámbitos culturales y económicos distintos, se confunde el liberalismo con otras formas más acordes con la idea de una identidad que contemple la diversidad de expresiones de lo humano como factor de un desarrollo compartido. El liberalismo hace de la competencia el resorte de un desarrollo que no puede ser compartido. En su expresión darwiniana: los más aptos imponen su identidad e intereses. En la globalización, la competencia adquiere un sentido distinto al del tradicional liberalismo. Nadie es superior ni prescindible, todos son necesarios, desde su propio, concreto y peculiar modo de ser.

“Competir compartiendo” sería la fórmula del desarrollo que ha de beneficiar a todos. Competir, desde el propio y concreto modo de ser, para alcanzar las metas más altas en un desarrollo que ha de ser compartido. Los que lleguen primero deberán ayudar a quienes se rezaguen porque el rezago de unos puede afectar el desarrollo de todos. Ello en una espiral de producción que puede ser infinita, genera empleo y con ello consumo, que a su vez genera más empleo y más consumo.

José Borrell, en una conferencia dictada en México, recordó una plática que tuvo con el rey Hassan de Marruecos. Éste le dijo: si ustedes no nos ayudan a desarrollarnos, volveremos como Tarik a invadirlos. No será ya con ejércitos, sino infiltrándonos poco a poco. Ésta es la historia de las grandes migraciones, lo que ha originado la masiva presencia de gente de diversa etnia y cultura en el corazón del mundo occidental, Europa y Estados Unidos. Cambios que originan problemas de identidad que les eran ajenos. Competir compartiendo es la nueva forma de desarrollo en la globalización.

¿Cómo se logró la Comunidad Europea, la Europa comunitaria? El ex canciller de Alemania, Helmut Schmidt, lo ha relatado. No fue por un dictador, ni tirano alguno. Fue resultado de la libre decisión de las naciones europeas dentro de la problemática que les planteaba la Guerra Fría. Libremente decidieron integrar sus intereses, poner fin a diferencias que habían dado origen a guerras que se transformaron en conflictos mundiales. El mismo espíritu

que ha animado la integración de América Latina desde Bolívar hasta nuestros días. Integrarse en la libertad no ha deshecho soberanías, por el contrario, las ha ampliado. No es algo impuesto por la globalización, es una respuesta a la misma.

Dentro de este contexto de libertad en la globalización resulta negativo que, aduciendo la globalización de la justicia, se inmiscuyan gente de esa Comunidad en problemas que son de la soberanía de las naciones de nuestra región del Continente. En nombre de la supuesta justicia globalizada, jueces europeos denuncian crímenes contra la humanidad, reclaman la extradición de los criminales y se aprestan a juzgarlos y condenarlos. Es éste el caso de Augusto Pinochet. Criminal lo es y debe ser castigado por crímenes contra su propio pueblo; pero no en beneficio de intereses extraños. Intereses de quienes antes hicieron apología de esos crímenes, presentándolos como necesarios para salvar a la Humanidad del peligro comunista.

Estados Unidos nunca ocultó el papel que desempeñó Pinochet en las brutalidades de la Guerra Fría. En Europa se le ensalzó como un paladín del Mundo libre, defensor de la civilización occidental y cristiana. Nadie en Europa condenó los crímenes cometidos. Ahora se busca condenarlo, no por los crímenes contra su pueblo, sino porque se cometieron contra nacionales de aquellos países, como ocurría en los buenos tiempos del imperialismo occidental, en que se bombardeaban o invadían pueblos que de alguna forma lastimaban sus intereses. Pueblos como el de Chile sufrieron la brutalidad de la represión, por intereses que les eran ajenos. Ahora tienen que sufrir por el castigo a quien fuera instrumento de aquella represión.

De Estados Unidos han partido y siguen partiendo leyes y supuestas acciones legales en su beneficio, como lo es el embargo a Cuba y la lucha contra el narcotráfico, que tanto los europeos como los latinoamericanos se niegan a aceptar, porque niega expresiones de las que ninguno ha hecho libre cesión. Los jueces europeos, utilizando un derecho que nadie les ha otorgado, amenazan con enjuiciar a todo sospechoso de violar derechos humanos que sea denunciado, aunque los crímenes fueran provocados por los mismos acusadores. Esta injerencia nos regresa a tiempos que parecían superados: a la antigua injerencia imperial del mundo occidental sobre el resto del mundo.

## 2. Democracia y neoliberalismo

“EL día en que cada chino coma bien, vista bien, tenga buena habitación y educación, viaje y tenga ocio para disfrutar libremente de las más altas expresiones de la cultura y sepa que esto se lo debe a sí mismo, a su trabajo, entonces se iniciará la democracia [...] Nadie podrá condicionarle esta posibilidad”. Con estas palabras, el conductor de China, Jiang Zemin, contestaba en la ONU a las interrogantes que los medios le hacían sobre el futuro de su pueblo. El gobierno originado en la gran Revolución China preparaba a su pueblo para tal futuro.

El problema de China, y el de todos los pueblos que han entrado a la modernidad bajo el signo de la dependencia, es cambiar la situación impuesta a lo largo de la Tierra por Europa a partir de 1492, y que ha dado origen a la modernidad como algo de su exclusividad. Ése también es nuestro problema, el de la América de la que somos parte, que fue la primera región de la tierra que entró a la modernidad por la conquista y el coloniaje.

Esta historia ha llegado a su fin, escribió el estadounidense Francis Fukuyama: “Fin de la historia en sí, es decir, como el último paso de la evolución ideológica de la humanidad y de la universalización de la democracia liberal occidental como forma final del gobierno humano”. ¿Último paso y final de la humanidad? No, sólo de la humanidad por excelencia, difícilmente encamada en pueblos como el nuestro.

La “gran mayoría de los países del Tercer Mundo seguirá empantanada en la historia”. Los países socialistas como la ex Unión Soviética y China “no parece probable que en un futuro próximo se unan a las naciones desarrolladas”. En uno y otro lugar los fundamentalismos y los nacionalismos lo impedirán, son pueblos condenados a la historia sin fin. Diez años después, Fukuyama insiste en esta visión. Los sucesos de los Balcanes y el Medio Oriente, y en nuestra América los empeños de nuestros políticos por superar la emergencia, considera Fukuyama que le dan la razón.

¿Cómo es ese exclusivo mundo del Occidente? Fukuyama lo presenta como “un Estado homogéneo, con democracia liberal en la esfera política combinada con el fácil acceso a las videocaseteras y estéreos en la economía”. La fuente de ingresos es la economía de mercado, para la cual no están preparados ni los ex comunistas ni los ya prescindibles pueblos colonizados por el Occidente, cu-

yas materias primas y mano de obra son ya anacrónicas por el desarrollo de la ciencia y tecnología occidental.

Superioridad científica y técnica, no moral, que permitió a Europa expandirse sobre el resto del mundo y que aquélla se ha cuidado de limitar, impidiendo que esté al alcance de los pueblos bajo su dependencia, excluyendo, separando, apartando y manteniendo el subdesarrollo, estimulando usos y costumbres ancestrales, haciendo de esos pueblos simples piezas de un museo que va del cavernícola al televidente, para gloria del hombre por excelencia.

Superioridad científica y tecnológica en la que se destacará la Europa noratlántica y báltica en el mundo occidental, superando a la Europa mediterránea de la que es parte la península ibérica. Superioridad que se hace patente en el Canal de la Mancha con la derrota de la Armada Invencible española.

Colón pone en marcha la expansión europea sobre la Tierra, buscando un camino más corto para llegar a las riquezas de los relatos de Marco Polo. Tropezó con gente bella, pero desnuda y aterrada por las descargas de los arcabuces. ¿El Paraíso y esa gente ángeles?, ¿o bestezuelas? Simplemente tierra y gente sin dueño que podría ser redimida cristianamente. El imperio español mantuvo separadas a las poblaciones encontradas, con sus usos y costumbres, en comunidades que la Iglesia se encargaría de cuidar. Pero igualmente separados estuvieron los esclavizados y desarraigados africanos, traídos porque soportaban más que los indígenas, y los frutos de su lascivia, los mestizos. El todo organizado en un complicado cuadro de castas de la gente que debería ser excluida.

En la América bajo dominio español, la Iglesia se encargaría de mantener la dependencia mental de los conquistados, y los misioneros de protegerlos de la codicia de sus colonizadores. Paradójicamente en las Reales y Pontificias Universidades creadas con este fin surgió el semillero de ideas que generaron las rebeldías contra la colonización. El imperio español tenía, además, que enfrentar el acoso de los imperios surgidos en la Europa al otro lado de los Pirineos y en el Atlántico. En el siglo XVIII tiene que defenderse de las calumnias de Buffon y De Pauw, que presentaban a América y su gentes como inferiores al Viejo Mundo y como corolario la posibilidad de incorporarlas al progreso sólo bajo el dominio de la Europa occidental.

La ilustrada España borbónica en el siglo XVIII debería mostrar lo contrario. Esta región de América era extraordinariamente rica y su gente suficientemente preparada para explotar esta riqueza.

De diversos lugares de esta región salieron expediciones científicas que harían el balance de esa riqueza y de la capacidad de sus habitantes. Invitado para atestiguar esta realidad fue el sabio prusiano Alejandro de Humboldt, que desmintió las calumnias anteriores, estimulando a los habitantes a explotarlas y ponerlas en su propio beneficio y no de poder alguno externo, incluida España. Éste fue el meollo de la emancipación de la América bajo dominio ibero.

La Europa anglosajona y puritana, mientras el imperio español afianzaba su hegemonía en el continente europeo, se extendió sobre el norte de América y el resto del mundo. Lograban por mar, lo que no habían podido hacer por tierra. Su superioridad científica y técnica se lo permitía. En Norteamérica exterminaron y acorralaron en reservaciones a los indígenas. En Asia y África dejaron sus culturas, usos y costumbres, siempre y cuando no afectase su dominio, pero les negaron el acceso a la ciencia y a la técnica.

La América anglosajona y puritana al norte se había emancipado del coloniaje europeo. Pero haría algo más, le disputaría su hegemonía. Estados Unidos inicia su expansión sobre el continente en 1847, cuando la guerra contra México. En 1898 la continúa sobre el mundo, desplazando a España del Caribe y Filipinas. En 1917, interviene en la primera Guerra Mundial que originan los europeos y sale de ella como acreedor y poder hegemónico. Interviene en la segunda Guerra Mundial contra el eje germano-japonés y lo derrota imponiéndose a Europa y al mundo que estaba bajo su dominio. Sólo tendrá que compartir los frutos del triunfo con el otro vencedor, la Unión Soviética.

¿Por qué Japón? La expansión europea que se había impuesto en Asia tropieza, como antes los chinos, españoles y portugueses, con la resistencia de Japón. En 1853 el comandante norteamericano Matthew Perry los obliga a abrir sus puertos. Más le valía no haberlo hecho: Japón se hace de la ciencia y técnica occidental y la pone a su servicio, disputando al mundo occidental la expansión colonial. En 1941 Japón ataca a Estados Unidos en Pearl Harbor, extendiendo la guerra de Europa a Asia.

Al terminar la guerra, Estados Unidos y la Unión Soviética se disputan la hegemonía mundial, dando origen a la Guerra Fría. La ciencia y tecnología en ambos lados fabrica armas disuasorias de exterminio universal. En 1994 Mijaíl Gorbachov anuncia que se sale de la Guerra Fría y de la competencia armada y pone en marcha cambios para que su pueblo y los de Europa bajo su hegem-

nía hagan de la ciencia y técnica instrumentos para valerse a sí mismos, sin depender del Estado. “El modo de vida capitalista no está reñido con el socialismo, simplemente lo amplía”. Los soviéticos se oponen a este desamparo estatal y se pone en marcha la desintegración de la Unión Soviética.

En 1989, fin de la guerra y caída de los muros que separan al mundo, Fukuyama publica *¿El fin de la historia?*, anticipando esta situación. Lo que no ve entonces, ni comenta diez años después, es que junto con los socialistas y tercermundistas queda en la historia sin fin Estados Unidos, cargando con el peso de su ya anacrónico armamentismo, hecho para amedrentar a un enemigo que ya no existe.

Los vencidos de la segunda guerra, Alemania y Japón, al no poder hacer armas, fabrican utensilios domésticos para la felicidad de la gente. Ponen así en marcha la economía de mercado de la que habla Francis Fukuyama. La Europa occidental emerge con Alemania, posibilitando su integración, y proyecta su economía como una autarquía, quedando fuera de la misma la Europa ex comunista, sus ya prescindibles colonias de ultramar y Estados Unidos, cuya protección militar es también innecesaria.

Japón, por el contrario, acrecienta su economía compartiendo la misma con las desechadas colonias del mundo occidental en Asia. Su tecnología supera a la occidental y la abarata. Se hace patente una nueva concepción del liberalismo, en la que para crecer hay que competir compartiendo. El presidente de Estados Unidos, William Clinton, al asumir su segundo mandato, anuncia que su país se suma a la economía de mercado, dentro de un sistema neoliberal, al incorporar al modo de vida y economía estadounidense a todos los marginados por su raza, cultura, hábitos y costumbres. Y en el campo internacional expresa que el desarrollo y seguridad de Estados Unidos depende del desarrollo y seguridad de sus vecinos y de los vecinos de sus vecinos.

Se llega al mundo pensado por Francis Fukuyama en 1989, por otras vías que no son las pensadas en su ensayo, con el triunfo absoluto de Estados Unidos y el sistema que encabezaba. Lo que está emergiendo, lo origina gente que parecía destinada a la historia sin fin del subdesarrollo. ¿Qué piensa Fukuyama diez años después? Lo mismo, responde: “Es cierto que varios de estos pueblos se han hecho de la ciencia y técnica que permitía al mundo occidental llegar al fin de la historia, pero no las han utilizado como deberían”.

La reciente crisis de Kosovo demuestra que los comunistas no han vencido los impedimentos que los dejarían fuera del glorioso fin de la historia. “La crisis de Kosovo no es un acontecimiento histórico mundial que vaya a modelar para siempre las instituciones fundamentales”. Los fracasos en esta economía son fracasos de los pueblos, no del sistema. A “pesar de las penurias y los reveses sufridos por México, Tailandia, Indonesia, Corea del Sur y Rusia, como resultado de su integración en la economía mundial, no se está produciendo, como afirma George Soros, ‘una crisis general del capitalismo’”.

Nos dirá también que no es culpa de la economía de mercado el que los mexicanos, en lugar de integrarse, reclamen leyes discriminatorias, obligatorias para que los mexicanos llamados indígenas se queden donde están. Como tampoco es culpa del sistema que los mexicanos exijan lo contrario de lo que ha puesto en marcha el sistema chino, estudiar para bastarse a sí mismos y no depender del Estado.

Fukuyama habla del fracaso asiático, con la crisis económica que puso fin al supuesto milagro económico de esa región. Allí se “ha demostrado la vacuidad del autoritarismo blando asiático, porque pretendió basar su legitimidad en el avance económico y eso le hizo vulnerable en los periodos de crisis”. No es un mal del sistema, sino un mal uso de sus instrumentos. Es pura y simplemente un problema humano, que los que llegarán al fin de la historia están superando.

Fukuyama deja de ser un epígono de Hegel y adopta a Nietzsche. El fracaso está en que el hombre no puede superar su humanidad. Que es humano, demasiado humano. El fin de la historia no está al alcance de los hombres, sino de los superhombres que la ciencia y técnica occidental hará posibles. Frente a ellos, gente como la nuestra será aplastada o, al menos, discriminada. ¿Se hará realidad la ciencia-ficción de la Guerra de las Estrellas? La ficción es lo único que parece estar a nuestro alcance esperando a los realizadores que la hagan posible. Pero ¿el *fin de lo humano* no es acaso una ficción más de Fukuyama, que escamotea la insistente presencia multirracial y multicultural de China? ¿Lo es el multirracismo de Clinton y con ello la entrada de Estados Unidos a la economía de mercado? ¿Justifica su visión discriminadora la resistencia de algunas personas a asumir responsabilidades para hacer por sí mismos lo que no puede ser hecho por otros?

### 3 *Nacionalismo en un mundo global*

El nacionalismo, que integra diversos intereses e identidades para el logro de metas comunes, se expresa en la cultura, y se manifiesta como imperialismo cuando esos fines trascienden el propio y natural origen. ¡Gran Bretaña sobre todos! ¡Francia sobre todos! ¡Alemania sobre todos! Y la gente y pueblos que sufren el impacto se resisten, enfrentándolo. Las diversas naciones europeas se expanden desde 1492 a lo largo y ancho de la Tierra, iniciando el proceso de globalización que ahora nos preocupa y que plantea un nuevo enfoque de nación.

Éste ya lo expresó Simón Bolívar el siglo pasado al decir: “En la marcha de los siglos, podría encontrarse, quizá, una sola nación cubriendo el universo, la federal”. Propuesta que en su momento pareció una utopía y que al término de la Guerra Fría en 1989 se convirtió en el proyecto puesto en marcha por la misma Europa, debido a la supremacía armada que le imponía Estados Unidos, para su seguridad, frente a la Unión Soviética. Parecía cumplirse otra utopía, expresada por Victor Hugo cuando dijo: “Hoy hablamos de Francia, mañana hablaremos de Europa y después de Humanidad”.

Desarticulada la Unión Soviética, y Estados Unidos regresando a casa con el peso de su ya inútil armamento, lo que siguió fue la guerra sucia, con crímenes de odio y violencia, en el enfrentamiento de bloques de naciones.

La globalización imperial la había puesto en marcha España en 1492, seguida por Portugal, y tras ellos Inglaterra, Francia y Holanda, buscando cada una su propia y concreta hegemonía y enfrentándose entre sí. ¿Hegemonía sobre el mundo? No, sobre Europa. Las colonias que a lo largo de la tierra impuso cada nación estaban puestas al servicio del predominio imperial en Europa; España, Inglaterra o Francia se enfrentaban entre sí por ejercerlo. Sus dominios en América, Asia y África pagaban los gastos de estos conflictos.

Esta relación originó las dos grandes guerras mundiales de nuestro siglo xx, la Guerra Fría, que siguió a la segunda y la sucia que ahora estamos viviendo. En estas guerras, los pueblos que dieron sus materias primas y trabajo barato a los colonizadores ofrecieron sus vidas y la destrucción de sus hogares, vieron negado el derecho, que ahora reclaman, a compartir los frutos de esa violencia, al mundo que se asomó al final de la Guerra Fría, en 1989, a

una Nación de naciones, en la que ellos serían parte y ya no más instrumento.

¿Qué pasa con la soberanía? Un concepto europeo que cada nación reclama para sí, pero que se niegan a reconocer en otros, para afirmar su propio y concreto dominio. Concepto de soberanía que justifica la anulación de las otras, si afectan sus intereses. ¿Qué pasa con este concepto en una Nación de naciones? En ésta, cada nación se integra a las otras e integra dentro de sí a las demás. Crece sin anular, haciendo crecer y creciendo. La soberanía se amplía, sin negar la diversidad de sus orígenes, identidad y cultura.

La utopía expresada por Bolívar parte de la antigua historia del mar Mediterráneo, en donde se dieron encuentro las diversas expresiones de lo humano y sus culturas. Las que originaron Europa, África y Asia. Diversidad que integraron Grecia y Roma. Una por el *logos* que comprende y hace comprender, y la otra por la ley, el derecho, que integra sin negar la diversidad étnica y cultural. Grecia helenizando, Roma latinizando, haciendo de los pueblos bárbaros fuerzas que un día tomarían su lugar.

En América, nuevo continente, se han encontrado, como en el Mediterráneo, la diversidad de los pueblos y culturas que forman la totalidad del mundo, del que es parte América. Continente rodeado de mares cuyas aguas bañan Europa y África por un lado y Asia y Oceanía por el otro. De este Continente partiría la Nación de naciones que cubriría el globo entero, como está sucediendo en nuestros días a lo largo de la tierra, incluidos Europa y Estados Unidos.

Frente a esto se sostiene que la globalización, expresada en tratados de libre comercio, con gente de otra raza y cultura, afecta necesariamente a los pueblos de etnias y culturas inferiores, obligándolo a subordinarse a las que son superiores. Samuel Huntington dice que México se integraría a Estados Unidos. Alain Touraine, de Francia, interrogado sobre si sería posible que México obtuviese un Acuerdo de Libre Comercio con la Europa comunitaria, como el que estaba en marcha con el Mercosur, contestó que naciones como México, Colombia, Perú o Venezuela será difícil que lo obtengan, por el peso de la carga indígena, africana y mestiza que llevan, no así el Mercosur. Estos pueblos multirraciales y multiculturales sólo podrán someterse al dominio de Estados Unidos: “Cuando dos ámbitos culturales heterogéneos se compenentran —dice Alberto Methol Ferré, de Uruguay— uno hegemoniza inevitablemente al otro”.

José Enrique Rodó, también uruguayo, sostenía por el contrario que la nordomanía, la admiración de Estados Unidos que tenían en el Sur en su tiempo, era una forma de subordinarse libremente a Estados Unidos en el afán por hacer de su identidad una imposible copia de la de esa nación. Rodó muestra cómo se está confundiendo la identidad con la capacidad para hacerse de los instrumentos científicos y técnicos que han hecho la grandeza material de Estados Unidos y Europa. Muestra que es equivocado pensar que es por su especial modo de ser, por su peculiar identidad, que lo han logrado. Esta concepción ha originado en pueblos como los nuestros el inútil afán por ser distintos de lo que somos realmente.

Es en este punto que se hace patente la importancia que para México y la América de la que es parte tiene la ingeniería. El fin de la Guerra Fría permitió la emergencia de Europa occidental frente a la supremacía armada estadounidense, en defensa de su seguridad. Esto también originó la emergencia de otro perdedor de la segunda Guerra Mundial, Japón, que como Alemania, al no poder fabricar armas, haría utensilios domésticos cuya producción y consumo originó la economía de mercado de este fin de siglo y de milenio. Sin renunciar a su identidad, Japón se hizo de la ciencia y técnica occidentales, la mejoró y abarató e incorporó como socios a los pueblos de las desechadas colonias europeas, originando la emergencia económica asiática.

Europeos y estadounidenses reconocen este hecho. Sin embargo, estadounidenses como Samuel Huntington y su discípulo Francis Fukuyama dicen: "Reconocemos que los asiáticos nos han superado científica y técnicamente, pero en lo que nunca van a superarnos es en nuestra moral. Nosotros nunca haríamos trabajar a un hombre 24 horas al día, como lo hacen los asiáticos". El líder de Singapur les pregunta: "Nosotros trabajábamos para ustedes 24 horas al día ¿eso era moral? Ahora trabajamos 24 horas al día para nosotros ¿eso es inmoral?".

Se está cometiendo una aberrante interpretación de la identidad, como modo de identificación de unos pueblos en relación con otros, como algo cerrado, concreto, en condiciones de superioridad de unos e inferioridad de otros. Los ingenieros son ajenos a cualquier beneficio que entre ellos se logre, pues es exclusivo de los superiores. Todos los hombres son iguales por la razón o el ingenio, sostiene Descartes, pero distintos por sus accidentes. Y accidentes son la circunstancia, la etnia y la cultura.

Descartes es semejante por la razón al resto de los hombres y por ello es igual a un africano, un asiático, un mestizo. Pero distinto por ser blanco, occidental, porque su cráneo le permite usar bien la razón, lo que no sucede con razas de otra constitución somática. Iguales pero distintos y, por ello, cada uno en su lugar.

Frente a esta afirmación discriminatoria la respuesta es que todos somos iguales por ser todos distintos. Cada uno con su etnia y cultura, pero no tan distintos que unos puedan ser más humanos que otros. La identidad no es algo cerrado, se alimenta de su relación con los otros. Toda expresión de identidad, con independencia de su origen, se acrecienta a sí misma y acrecienta la de los otros. Obviamente las identidades cambian, pero deben hacerlo libremente. No por la violencia de la conquista, ni la imitación servil, negándose a sí mismos para ser. El desarrollo tecnológico y científico no es patrimonio de unos con exclusión de otros, sino de todos los pueblos de acuerdo con su peculiar identidad. Cuando Arnold Toynbee, el filósofo de la historia británico, visitó México en 1953, le maravilló ver cómo los mexicanos usaban la nueva tecnología en la Cuenca del Papaloapan, de acuerdo con su particular identidad, improvisando respuestas a los problemas que enfrentaban.

José Vasconcelos, partiendo de la idea de Bolívar de una Nación de naciones, habla de una Raza de razas y una Cultura de culturas, que expresa en la utopía de la Raza cósmica, que no es raza, sino capacidad de reconocer en el otro a un semejante, y al reconocerlo comprenderlo como una prolongación de sí mismo. Más que raza, cultura integradora de culturas e identidades. Cultura abierta a la diversidad de las expresiones de lo humano.

Nación de naciones, Raza de razas, Cultura de culturas son en nuestros días preocupaciones de los centros de poder y de la cultura considerada de excelencia —Europa y Estados Unidos— debido a la presencia de otras razas y culturas que ponen en entredicho la universalidad de una expresión concreta de humanidad y cultura con negación de las otras.

La superioridad científica y técnica que permitió al Occidente expandirse a lo largo y ancho del planeta está siendo disputada y rebasada por pueblos que por su especial identidad y cultura parecen ajenos a ellas. Algo simplemente instrumental, al servicio de quien lo hace posible, sin ninguna exclusión racial o cultural. La globalización que ahora se hace patente, en las antípodas de la globalización de una Nación sobre todas las naciones, un modo

de ser sobre otros modos de ser, una cultura sobre otras culturas, que hacía de la ciencia y la técnica instrumento exclusivo de las mismas.

El problema central de la globalización, que habla de nación de naciones, identidad de identidades y cultura de culturas, es el de cómo vivir en ella. Cómo vivir con los otros sin negarlos ni negarse; compartiendo los frutos que origina la diversidad de lo humano y rechazando los *apartheid* que afirman: "Todos iguales por ser distintos, pero cada uno en su lugar". Esto es, una determinada raza en sus selvas, desiertos, dialectos y folklore, otra en sus factorías, fábricas y minas. Distinto es afirmar a todos iguales por ser distintos, pero no tan distintos que unos sean más humanos que otros.

Todos los pueblos, sin discriminación, deben actuar para el logro de metas comunes, sin subordinación, compartiendo frutos de esfuerzos comunes. Y para ello, hacer de los instrumentos del desarrollo algo al alcance de todos. Los mismos elementos que a lo largo de la historia posibilitaron el emerger y el desarrollo del llamado mundo occidental debe estar al alcance, para ser sostenido, de los pueblos que no lo han logrado, pero lo han hecho posible.

Es una nueva relación de la competencia, competir compartiendo y no eliminando, para el logro de una meta común. La globalización está haciendo patente que la debilidad de unos afecta la fortaleza de los otros. Tal es lo que se expresa cuando se habla de *efecto tequila, samba, tango, dragón*, como crisis económicas que se expanden a lo largo de la tierra, sobre ricos y pobres. Los extraordinarios avances de la ciencia y técnica de nuestros días hacen innecesarias materias primas y mano de obra barata, pero se necesitan mercados con capacidad para consumir, lo que obliga a la búsqueda de consumidores, pero no podrá serlo gente sumida en la pobreza. Gente que por su volumen podrán ser los obligados mercados para esta producción y que con ello es posible sacarla de su pobreza, ofreciéndole empleo, que les permita consumir. Y al consumir, crece la demanda de producción y un desarrollo cada vez más compartido, en una cadena que abarque al mundo entero.

Por ejemplo, la ingeniería en nuestro tiempo, cada vez más sofisticada, necesita de no menos sofisticados generadores de medios de producción fácil y masivo consumo. Gente que capacite a otros para actuar y vivir en la globalización, en otra relación que no sea la de servidumbre sino de dependencia solidaria en el logro

de metas comunes. Ingeniería que prepare a nuestros pueblos a vivir en la globalización, sin menoscabo de su propia y concreta expresión de humanidad.

En la actualidad, una de las más grandes fortunas la tiene un ingeniero estadounidense, Bill Gates, y que logró con la producción masiva de las computadoras que ponen al alcance de la mayoría los cada vez más sofisticados instrumentos de información, de oferta y demanda de lo que puede estar al alcance de todos sin someterse a los productores. Lo que hace la gente más libre y más capacitada para actuar en la comunidad de comunidades, la nueva expresión de globalización.

Dueños de grandes fortunas, son ingenieros de nuestra América los que, por distintas vías, preparan a nuestra gente a vivir y sacar provecho en la globalización. Uno es un mexicano, Carlos Slim, que en reciente seminario, organizado por el Fondo de Cultura Económica, expuso el origen de su extraordinaria fortuna: la chatarra, lo que cada año los centros de poder desechan por algo cada vez más perfecto. Es el caso de las computadoras, que al ser desechadas quedan al alcance de nuestra gente y así se van incorporando al extraordinario mundo de la computación, por más sofisticada que pueda ser.

Ingeniero es el chileno Fernando Flores, que enseña prepara a personas y empresas a vivir y usar la globalización. A los pueblos, dice, no hay que darles pescado, hay que enseñarles a pescar. El que da, condiciona. También ingeniero es el argentino Enrique Menotti Pescarmona, uno de los amos de las redes de comunicación en nuestra región, que posibilita la entrada a la globalización, integrando la imagen y la palabra.

Ingenieros destacados, preocupados por la sociedad de la que son parte, ante los retos de un mundo que puede ser la gran oportunidad para emerger, como ya lo hacen otros pueblos marginados y utilizados a lo largo de los siglos por la globalización imperial y colonial. Una emergencia que no será fácil, por la resistencia de los marginadores a compartir lo que han alcanzado juntos, marginadores y marginados.

Francis Fukuyama, que afirma la superioridad moral del sistema marginador y su gente, dice que nunca pueblos como el nuestro podrán superarlos moral, científica y técnicamente, por humanos, demasiado humanos, esto es, por corruptos, egoístas, envidiosos, protagónicos. "Los reveses sufridos por México, Thailandia, Indonesia, Corea del Sur y Rusia. Los sucesos de Kosovo

y la violencia que se ha desatado muestran la imposibilidad por alcanzar y aún menos superar al hombre y su sistema por excelencia”.

¿Cuál es la moral y superioridad de que hace gala Fukuyama, imposible de superar? ¿Cuál es el reto imposible de alcanzar por pueblos como el nuestro? El problema es superar lo humano, y esto lo está logrando la ciencia y técnica del mundo por excelencia. “El carácter abierto de las ciencias naturales —dice Fukuyama— indica que nos aportará en las dos generaciones próximas las herramientas que nos permitan alcanzar lo que no consiguieron los ingenieros sociales del pasado, habremos concluido definitivamente la historia humana porque habremos abolido a los seres humanos. Entonces comenzará una nueva historia poshumana”. El superhombre. Nosotros, los humanos demasiado humanos, nos conformaremos con ir al cine a ver las hazañas de este superhombre en las galaxias. Éste es el reto.